

El talón de Hipócrates*

Hasta mitad de los años setenta, el sueño americano no sólo incluía presidentes impolutos, capaces de llevar a los Estados Unidos hasta el cielo, sino también una grandeza médica a la medida del sueño que, apoyada en los avances científicos y tecnológicos de última hora, aseguraría pronto a todo el mundo remedios absolutos contra la enfermedad, la vejez y la muerte. Fue entonces cuando Nixon se hundió en el abismo del Watergate y un joven médico clínico pasado luego al campo de la psiquiatría (Stephen J. Bergman, seudónimo: Samuel Shem) creyó que, simultáneamente, había llegado el momento de sepultar el mito médico en un agujero similar. Como resultado de su intento surgió esta revulsiva novela, el *antikildare* de todos los *Dr. Kildare* televisivos o literarios de entonces, antes o después, donde se ridiculizan hasta el absurdo, lo grotesco y el horror, los fatuos —y a

veces mortíferos— devaneos de sus colegas. Su historia, enmarcada en aquellos sombríos años nixonianos (73-74), fue publicada por primera vez en Estados Unidos en 1978, con el consiguiente escándalo y fulgurante éxito de ventas (sobre todo, entre los estudiantes de medicina), y ahora, con dos décadas de retraso, llega a España. Si cuatro años antes había rodado la cabeza de un presidente de la nación, ahora, al menos sobre el papel, rodaban las de los grandes jefes y jefecillos del poder médico, simbolizados, dentro de «La Casa De Dios» (un hipotético hospital fundado en 1913 por la comunidad judía norteamericana para poner a salvo a sus hijos médicos de la discriminación), por el Dr. Leggo, autoridad suprema; su eficaz mano derecha, el Pez, y la más entusiasta de los seguidores de la religión médica, la científicista, hasta la crueldad, Dra. Jo.

El postulado básico del libro es sencillo, y lo expresa mejor que nadie el Gordo, el residente más famoso de la Casa, mentor y luz en las tinieblas del protagonista, el joven y recién iniciado Dr. Roy Basch (*alter ego* de Bergman-Shem): «La curación es la enfermedad. La mayor fuente de enfermedades en este mundo es la enfermedad del propio médico: su compulsión por tratar de curar y su equivocada creencia de que puede

* La Casa de Dios, *Samuel Shem*, prólogo de John Updike, traducción de Jesús Zulaika, Barcelona, Anagrama, 1998, 472 pp.

hacerlo». Ante esta situación, su propuesta es *no hacer nada*, no intervenir, lo que se traduce –para engañar a los ya de por sí autoengañados y soberbios jerarcas hospitalarios– en el empleo de recursos tales como los de *acicalar* al paciente (hacer como si efectivamente se hiciera algo) o *largarlo* (desentenderse de él) lo más pronto posible al lugar de donde salió, sea el asilo de ancianos o cualquier otra sala de este u otro hospital. Sin embargo, como añade el Gordo, «no es tan fácil no hacer nada, ahora que la sociedad le dice a todo el mundo que su cuerpo está lleno de imperfecciones y a punto de autodestruirse. La gente tiene miedo de hallarse al borde de la muerte todo el tiempo, y piensa que lo mejor es ir a hacerse inmediatamente su ‘chequeo médico rutinario’. ¡Chequeo médico! ¿Cuánto has aprendido tú [le pregunta a Basch] de los chequeos médicos?»

Precisamente, los ancianos de los asilos constituyen una de las pruebas más contundentes de la tesis del Gordo. Antes, en la época en que el Dr. Leggo había acabado su carrera de medicina, no había casi viejos con demencia senil, incurables, porque la ciencia no había logrado aún la hazaña de prolongar la vida humana hasta el punto que hoy conocemos. Ahora, con Leggo al frente del hospital, sí los hay, y como si ostentaran en sus mentes y

sus cuerpos degradados por el tiempo la señal inequívoca de que la vida ha acabado vengándose de esta intromisión. Tal clase de viejos (*gomers*, en la jerga cínica pero sabia del Gordo, esto es, *Get Out of My Emergency Room!* – ¡Fuera de mi Sala de Urgencias!), al revés que sus predecesores, *no mueren* (primera ley del decálogo acuñado por él mismo), pero, desprovistos de lo que a los seres humanos los constituye esencialmente como tales, «quieren morir, y no les dejamos. Somos crueles con los *gomers* –prosigue el Gordo– al mantenerlos con vida, y ellos son crueles con nosotros al luchar a brazo partido contra nuestros intentos de mantenerlos con vida. Nos hacen daño, y les hacemos daño».

La otra prueba radical, en el extremo opuesto, viene provista por los pacientes jóvenes (o al menos con las facultades mentales intactas) que sí mueren, y a veces en medio de los más espantosos dolores y las más negras angustias, sin que los médicos puedan evitarlo y sin brindarles tampoco, en la mayoría de los casos, lo único que es dable esperar: una mano amiga, un gesto de compasión (la mano y el gesto, por ejemplo, del Gordo, más allá de sus declaraciones y comportamientos aparentemente escandalosos). Viendo actuar al Gordo, Basch piensa: «He ahí lo que podía ser la Medicina: algo humano para los

humanos. Como todos nuestros maltrechos sueños». En cambio, una profesional tan *eficiente* como Jo, que no *acicala* ni *larga*, sino que al contrario interviene, *cura*, sólo sirve en situaciones como éstas para prolongar y endurecer la agonía por medio de medicamentos, procesos y aparatos tan sofisticados como vanos, resguardando brutalmente, al mismo tiempo, las prerrogativas de la ciencia con el pedido de una oportuna autorización para practicarle la autopsia al que va a morir.

Bajo la batuta de médicos tan imbuidos de su *misión* –el mito médico– como Jo, Leggo o el Pez, La Casa de Dios se convierte en un infierno, y los internos sensibles (Basch y el Gordo no son los únicos) enloquecen, se suicidan o, para combatir el hediondo olor a muerte y disolución, se atiborran del perfume embriagador del sexo, en un desesperado torneo erótico con las enfermeras que padecen junto a ellos las guardias interminables o la experiencia traumática de los Cuidados Intensivos. De este modo, la Muerte no danza sola aquí, sino con la Doncella, lo que hace de la lectura de esta novela una experiencia más conmoviente y perturbadora aún.

Entre orgasmos cósmicos y estridentes risotadas, circula soterrada, sin embargo, aquella amarga certeza

–la imposibilidad de curar–, expuesta en este caso por otro médico, el Dr. Sanders, agonizante él también en La Casa de Dios, como un paciente más: «No, no curamos», le confiesa desde su lecho de muerte a Basch. «Yo tampoco me lo llegué a creer nunca. Y yo también pasé por ese mismo escepticismo... Todos esos estudios, y luego toda esa impotencia. Y sin embargo, a pesar de todas nuestras dudas, podemos ofrecer algo. No la curación. Lo que nos sostiene es el descubrimiento de un modo de ejercer la compasión, el amor. Y nuestro acto más amoroso es estar con el paciente, como está usted ahora conmigo».

Certidumbre esta que, al final de su primer año como interno, terminará imponiéndose definitivamente al protagonista, llevándolo a estrellar su maletín negro contra el asfalto, a la salida del hospital. Una manera de decir que el médico clínico Roy Basch se ha convertido en el psiquiatra Stephen J. Bergman, el mismo que nos contará su experiencia (real, sin duda, pero intensificada y deformada hasta el límite por una imaginación encendida y un sentido narrativo de primera) en esta terrible, delirante y, no obstante, esperanzadora novela. La única, por cierto, que escribió.

Ricardo Dessau